



**VARASEK
EDICIONES**

ON THE ROAD

AVE ROCK

Roberto Echavarren



**VARASEK
EDICIONES**

**POESÍA
VIAJES &
ROCK'N'ROLL**

AVE ROCK
Roberto Echavarren



**VARASEK
EDICIONES**
ON THE ROAD

Ave Rock

© Roberto Echavarren
2015

© de esta edición y derechos en
castellano, Varasek Ediciones

Dirección creativa:
Beatriz Ruibal

Diseño de la colección:
Jaime Narváez

C/ Toledo, 73
28005 Madrid
www.varasekediciones.es

1.^a edición, Madrid, 2015
ISBN (papel): 978-84-943353-0-3
ISBN (e-book): 978-84-943353-1-0
Depósito Legal: M-6360-2015

NARRATIVA

En memoria de Néstor Perlongher.

PRÓLOGO

9 UN VERANO CON JIM MORRISON

AVE ROCK

15 PRIMERA PARTE

65 SEGUNDA PARTE

121 TERCERA PARTE

161 CUARTA PARTE

UN VERANO CON JIM MORRISON



“Resucitar Cartago”: tarea que por melancolía se había impuesto Gustave Flaubert. En mi caso, unas pocas décadas por medio, me propuse resucitar los sesenta. No es que hubieran muerto, pero me parecieron sepultados por capas de ceniza e información, por nuevos supuestos eventos, por la entropía de las relaciones humanas. Busqué dar una cifra de esa década escribiendo una biografía novelada de Jim Morrison. El Jim de *Ave Rock* está hecho a la manera de la ficción, como un fundirse de aspectos que pudieron conformar la experiencia de un joven de esa época, pero no coincide del todo con el Morrison histórico. Más allá del modelo y estrategias de la antigua izquierda, la nueva articuló estrategias de *body politics*, conflictos de raza, sexo y modos de vida, lo que puede llamarse “guerras de estilo”. La novela trata el fenómeno del rock como una iniciación ligada a la suerte de los estilos discrepantes, a saber, entre otros, el despliegue suprimido (salvo en los westerns) de los indios americanos. Teje una aventura antropológica como caja de resonancia y aura oculta de la “cabalgata imperial”: el hijo de un Almirante cuyo acorazado bombardea las costas de Asia del sur se convierte en un pastiche de Alejandro Magno. Con brevedad fulmínea este hijo americano subvierte el imperio, arruina el consenso de las costumbres y articula experiencias específicas que sólo empezamos a asumir.

Ave Rock sin embargo no es una novela documento, ni de mis andanzas adolescentes ni de la vida de Jim Morrison. Es una invención que tiene por punto de partida aquellas primeras lancinantes explosiones de un deseo que no tenía todavía nombre, pero que reconocía ya algunas imágenes rotundas. Esas imágenes no eran las acostumbradas, las que estaban previstas para la gene-

ración anterior a la mía. Eran sorprendentes para mí por su poder y por su novedad. Pero casi todo en los andariveles en que crecí las rechazaba. Sin embargo ellas habían entrado e invadían no sólo algunas revistas sino los espacios públicos, con un rompimiento casi increíble.

Me di cuenta de que proponían una utopía de la música. Su vehículo era musical. El único lugar para la utopía, escribió Adorno, es el arte. Es poco, agregaba, pero es algo. Sólo que aquí ese arte se filtraba en los estilos que traían las fotografías como posibles estampas urbanas en otros países, muy concretamente Estados Unidos e Inglaterra. Los límites entre arte y espacio cotidiano no desaparecían, sobre todo porque en el espacio cotidiano uno tenía que vérselas con ideologías y comportamientos ajenos o enemigos de esa novedad. Pero los sacudimientos de las turbamultas en los conciertos (según las noticias) y los primeros escarceos del estilo de algunos jóvenes amenazaban con derrumbar esa frontera. De hecho, los conciertos de rock marcaban una línea interrumpida entre la tierra de nadie del escenario (la utopía) y las filas de asientos astillados por donde se expandía una fuerza mágica.

Me atrapó el carácter emblemático de Jim Morrison: el acorazado de su padre Almirante bombardeaba las costas de Vietnam, mientras él, Jim, oficiaba como un acorazado de juguete o un ratón que ruge: una periodista lo llamó Mickey Mouse de Sade. Y este muchacho, o mejor, este engendro, se ofreció para ser inmolado en el juicio más espectacular, en competencia con los de Stalin: el juicio de Miami, en que el estado de Florida, apoyado por un grupo eclesiástico y "moral", lo querelló y condenó por obscenidad. Juicio paralelo al que sufriera Oscar Wilde en la Inglaterra de fines del siglo pasado. En ambos casos un héroe de esa cultura (escritor y *performer*) es aniquilado al tocar el límite de lo que cierta sociedad es capaz de tolerar, y la seducción se trueca en condena. Estos juicios configuran una determinación concreta de la situación, un juego de fuerzas en un lugar y momento y tienen la virtud de convocar otras eras, de

clamar por una justicia más lejana que rebase la pudibundez de sus contemporáneos.

Jim Morrison fue el vehículo que me sirvió para contrabandear aquello que quería que resonara con furia, como un mensaje más allá de la tumba. Paradójicamente lo más antiguo puede ser lo más reciente; lo que destelló en los sesenta es algo que la experiencia cultural intenta compulsivamente repetir sin alcanzar la temperatura de fusión de aquel énfasis fantasmal y real, casi increíble.

Ésta era la historia ejemplar en la que podría incluir los ingredientes propuestos y desdibujados por los impulsos de mi cuerpo histórico. Me pareció que yo podía otorgar a esa historia una intensidad prístina que me convenía revivir definitiva, por encima o por debajo de las permanentes oleadas de un pop diluyente.

Decidí "pasar un verano con Jim", ya que mis actividades docentes me tenían muy mermado el tiempo. Ese verano decidí no viajar y enfrentarme con Jim noche y día. El encuentro pleno quedaba siempre pospuesto para el día siguiente y yo, como una Sherezade, pasaba noche a noche en perpetua colocación.

Con la base de aquellos sucesos desvinciados de la vida de Morrison (y ya es lo principal contar con esa apoyatura, darle crédito o prestarle interés) se va hilando siempre otra cosa, y esa otra cosa imprevisible es lo que cuenta y puede adquirir una gran velocidad: la velocidad, parece, de la vida. Además, la "selección natural" de ciertos rasgos decisivos, que aparecen como principales al escribirse, proyectan, por contraste, un trasfondo u horizonte en que muchas otras cosas se borran, y de pronto se adquiere una cierta perspectiva histórica. En mi caso, por ejemplo, surgieron unos Estados Unidos sin padres fundadores, sin *pilgrims*, desviados por el costado indio, y un paisaje, una flora y una fauna que los indios conocieron mejor que los nuevos colonizadores.

Y esas briznas dan paso a un mutante que siempre estaba allí, en latencia, pero es apresado ahora en pleno devenir más allá de los polos masculino y femenino y del travesti neoclásico que los

reafirma. La gran invención de esos años y de ese país, a pesar del racismo y del puritanismo, y en respuesta a ellos, es la invención de un andrógino. Esa geopolítica, ese mercado de trabajo, esas condiciones tecnológicas lo hicieron posible, aunque sólo sea en esguince, a contrapelo y como un relampaguear. Lo más antiguo es lo más reciente. No sólo los sesenta son hoy antiguos, sino que permitieron entrever lo antiguo sepultado por un presente pasado. Ésta es la grieta en la roca, la garra del estilo que desmantela la moda, y el legado del rock que recibimos en un sobre cada mañana junto con un frescor en el zaguán y que todavía no sabemos leer del todo.

ROBERTO ECHAVARREN

PRIMERA PARTE

Bajé hasta Deauville, plaza, un peñón que sobresale de la rambla costera, sede de un cuartel de la Marina. Un recluta, con un máuser arrancado de un museo patrio, salió de la cabina de vidrio a mi encuentro. Apartándome lo mínimo para que no me interceptara, pasé frente a unos hitos pintados a la cal, entre las rocas, bajo la mirada del milico, casi desafiándolo, ese marino antiguo, acartonado, con un bigotito en el cutis mate de poros abiertos, de un planeta donde yo no estaba, ni quería confrontar. Me asomé a las rocas donde se abre una hoz de arena con tejas y vidrio, antes desagüe de cloaca. Ahora el caño se interna dos kilómetros río adentro, en el riomar. Entonces vi la garza sobre una piedra, blanca, única, que siempre me recibía, allí y en otras playas, en la boca de un río en Florianópolis, o entre las peñas frente a la isla de Mirurgia, en la Península Celeste, inevitable, siempre blanca, siempre única, en los puntos neurálgicos de una costa que reconocía y me reconocía. La garza había vivido a trescientos metros de allí, en el jardín de mi abuela, varias décadas atrás. El perro la había rematado de un mordisco en el pescuezo, antes de que yo naciera. La había identificado, transida, sobreimpuesta como un sello en fotos que describían los matorrales y la casilla del perro con el nombre Kiel en semicírculo sobre la puerta. Las olas golpeaban sobre una escalera que baja a la playa. "El agua sube la escalera para que yo la escuche." La garza, inmóvil. Yo inmóvil sobre el parapeto. Clavó el pico. Extrajo un zigzag plateado. Me lo mostró, le tomó un tiempo hacerlo rotar en la dirección del garguero, lo engulló. Estiró el pescuezo, caminó entre las rocas y volvió a su sitio. Entonces vi el perro, no el Kiel sino otro más chico y hasta cachorro, la cola en penacho blanco y negro, las patas

retintas de alquitrán, saltó al muro donde yo estaba y me saludó. Lo acaricié mientras me levantaba. Me siguió. Se revolcaba una y otra vez en el pasto, refregando el hocico y las patas para limpiarse el barro. Era una perra. Parecía nacida allí. Le di de comer en casa. Me la había enviado mi abuela, pensé, a la perra como a la garza, para alegrarme un período de la vida, un rato.

Se escapó a los tres días cuando un obrero dejó abierto el garage. Me alegré, o mejor, sentí alivio, falta de responsabilidad ante el bicho que, sin pedir, me habían otorgado. Pero después de unas horas retumbaron ladridos. La perra me reclamaba. Había venido para quedarse. Y supe que tendría tiempo, junto al cuerpo rotundo, de tomarme el tiempo, siempre postergado, para calcular la medida de un afecto, porque a veces nos habíamos cruzado y ahora no estabas. Desde una postal que encontré en un kiosko a la vuelta de casa, la mirada tozuda, reforzada, por si fuera poco, por las yemas próximas, fuera de foco, de la mano abierta desde la cartulina que llevé sin pagar y desde el cementerio que no conozco y un amigo visitó en mi nombre, en la ciudad más pasada de moda del mundo, donde acabaste, un diablo que por orgullo rehusó aprender francés, reclamabas, ahora como antes, que te atendiera.

Hay tiempo y llueve, o no. La furia de un agua, el vaho y el viento de un crepúsculo de otoño en la República que otros fundaron y me vio nacer. El muro de la casa vecina a la de diseño Bauhaus que ahora, reformada, es igual a una churrasquera de ladrillo, el muro de esta casa vecina, hoy, está manchado por inscripciones en español y en inglés, un telón cuando me dijeron "vas a tener un hermano", pero tú habías nacido un año antes que yo, en el muro, hoy al pasar, vi dibujada con spray la palabra zambomba y abajo *Heavy metal for you*.

Esto, y mañana lo habrán lavado, o habrá otras frases, siempre en la dirección del heavy metal, indestructible desde la tarde en que leía *Life en español* y aparecieron las fotos de Presley, no podía dar crédito a la lámina plateada donde pasaba una y otra vez la len-

gua, el dedo sobre el guardabarros del Edsel dibujado con lápiz de labio, cartas de amor y fuck you. Desde entonces supe que era para mí, en las antípodas del país donde la cresta empinada y líquida de gomina provocaba una colusión que no había conocido antes, pero llegaba desde una reserva, desde un sitio donde había estado siempre, para rebasar aquí y ahora cualquier carencia, cualquier expectativa, lo que no sabía aún que esperaba.

La mojarra que yo sacaba con el mediomundo de un charco entre las rocas, la que hoy había pescado la garza, se zangoloteaba en la palma que me ofrecías desde la postal, el vientre plateado te dio asco, contenía tripas que no se podían comer tan fácil, pero tú la comías sin limpiarla con todo y ojos que te miraban al ser engullidos. La mojarra, te pareció, era como los del colegio, aquéllos que, al final de la fila se alisaban la brillantina que les caía en rulos adheridos a la espalda, debajo de la camisa.

Y querías ser aquel profesor, el Hermano Antino, que, durante un arranque de rabia en una lección de geografía le pegó con la regla, no, con una caña tacuara que usaba para levantar los mapas hasta el gancho, le pegó en la cola al más engomado, a Lenguas, expulso de varios colegios, que ese año había recalado y no duraría allí tampoco mucho tiempo. El fustazo despertó a los dormidos, el guardapolvo al hundirse propagó una nube de polvo de tiza. Mudo de sorpresa más que de dolor, Lenguas dejó escapar un chorro de saliva que alcanzó los primeros bancos, me roció la nariz y resbaló por mi boca. A la hora del recreo la sentía aún, reseca, pegada a la cara. Al verano siguiente Lenguas apareció en el peñón de la Punta, ante la casa donde yo veraneaba. Llegaba en un jeep con amigos y se zambullían desde las rocas donde yo leía acompañado de uno de los pequineses de mi abuela, porque después que nació ella había cambiado de tamaño de perro: éstos eran más fáciles de transportar al balneario Celeste.

"Abrid esta tumba: en el fondo está el mar" es el epítafio de alguien que leía por entonces. Tengo tiempo, pensé esa tarde, habiendo encontrado a la perra entre las rocas, para abrir la

tumba, aunque encierre sólo un montón de huesos. Bajé al panteón. Llevé gladiolos que recogieron, a último momento, el rayo oblicuo del sol. Solté una paloma, que revoloteó sobre los epitafios antes de tomar altura y confundirse, como la garza de las rocas, con la luz enceguedora. Pero no había ido al Padre Lachaise, lo hice en Ciudad-Estado, un barranco sobre el océano. "Lo mejor de la ciudad son las confiterías y el cementerio."

"Conozco el sueño que estás soñando." Vi fotos de entonces. En una, quemado por el sol, taimado y satisfecho, abrazo, en la casa de Punta Celeste, al cumplir siete años, a un perro pequinés parado sobre un pilote. En otra, a la edad de un año y medio, acaricio la crin rubia de un caballo de juguete más grande que yo. Solía estar uncido a un sulky de pedales. Probablemente desfondé muy pronto el vientre de estopa. Pero en la foto el caballo está sano. Abrazo el cuello y la crin, miro la cámara, taimado y satisfecho.

Anoche soñé contigo. Estaba en el apartamento de mis padres, me lavaba para ir a escuchar una banda. Mi hermano también iría con una mujer. Pero yo iba solo. No conocía al grupo que iba a tocar, aunque sí el nombre, Sepultura. Resolví salir temprano para encontrar boleto. Mientras me secaba, observé desde la ventana del baño el pórtico del teatro que irradiaba un aura naranja como de hogar encendido.

Pero al pasar por la sala hacia la puerta de calle te descubrí sentado frente a la mesa del comedor. Llevabas la chaqueta de cuero torcida, como quien durmió sin sacarse la ropa, el pelo sucio aplastado contra el parietal. Tu piel, aceitosa, me recordó el cabro conservado en cecina que sirven al huésped al principio de las Soledades. No te movías. No hablabas. Pero estabas triste, se veía, por lo mala que era una película que habían hecho recientemente sobre ti. Al cabo de un momento, te moriste, o así me pareció. Tuve miedo de que mi padre entrara y nos vieses. No me detuve a comprobar tu fallecimiento, te abandoné con la idea de ir a escuchar esa banda. Pero lo pensé mejor, volví atrás. Decidí enfrentar tu cadáver, y a mi padre, si aparecía. Pero al regresar, tú

ya no estabas. En el comedor no había nadie. Tal vez mi hermano te había sacado, pero no había manera de saber adónde. Me arrepentí de no haberte examinado a su debido tiempo. Pero se me ocurrió que si habías muerto recién ahora (y eso aún era dudoso), habías estado vivo durante los últimos veinte años.

Nos veíamos en el calor húmedo de Tampa. La casa de tus abuelos no era diferente a las otras, con el porche encajonado por una baranda, donde se sentaban a la tarde a tomar té frío. No bebían alcohol, no lanzaban, como tus padres, conspicuas risotadas o torpes insinuaciones a la hora del cocktail en el Círculo Militar. Tu madre, alguna vez, regresó borracha del club, con un oficial amigo del esposo. Tu padre tenía la cara reseca, los ojos claros. Sonreía, con gorra de marino, desde la foto en la mesa de luz de ella. Los compañeros opinaban que era un hombre despierto y responsable. Pasaba temporadas cortas con ustedes. A veces regresaba de civil, a veces en uniforme azul. Le gustaba hablar de la segunda guerra y los desembarcos en Corea. Aunque allí no había combatido sino por cinco días. Enseguida lo habían asignado a los cursos de instrucción en la Academia. Te irritaban los elogios que de él hacía tu madre, reforzados por los padres de él cuando los visitabas en Tampa desde Washington, donde te criaste. Más que cualquier cosa te irritaba la confianza que le otorgaban. Tu madre oscilaba entre dos estados de ánimo: engreída, si todo andaba sin problemas, o exasperada, los ojos saltones, la nariz roja, si te encaprichabas o tenía que resolver algún asunto por su cuenta.

Era adicta al orden que encarnaba el marido, alérgica al desorden que había representado su padre, un abogado comunista que se exilió en Canadá cuando tenías tres años. Ella nunca lo mencionaba para no recaer en el pozo de donde había escapado a duras penas. De él te llegaban sólo migajas de noticias. Te enteraste de que había sido amigo del autor de *Las viñas de íra*, síntoma, según tu informante, de una malicia sin perdón.

Tu madre se llevaba con sus suegros, unos tintoreros bien intencionados con quienes había vivido en Tampa durante algunas ausencias del marido. Se entendía con tu abuela en particular, de pelo gris recogido en un moño, vestidos estampados, grises o negros, zapatos negros con pretina que calzaba para ir al Banco después de almorzar. Al anochecer, abanicándose en el porche frente a tu madre, la abuela se quejaba del calor, daba órdenes acerca de la cena. Jamás puso en cuestión a la Marina que había abierto para el hijo una carrera de viajero honorable.

Pero conocí a tus familiares de modo oblicuo. Nunca te gustó que tus amigos los vieran, ni hablabas de ellos. Bordeando la casa orinaste contra una de las ventanas del sótano. Fue entonces que me contaste la historia de los perros. Un cazador quiere comprar un perdiguero, pero le advierten que el animal debe tener un esfínter tenso y pequeño, de otro modo hará agua y se hundirá cuando entre a ríos y lagos para cobrar alguna cacería. Ve a un perro que le gusta, le examina el ano, pero lo encuentra laxo, larga un gas sordo, sin gran presión. El vendedor le dice que no se preocupe. Trae una tenaza y aprieta los testículos del perdiguero, que inmediatamente cierra el músculo en forma de anillo de un orificio natural. "Es así", dijiste, "si no estás convencido, haz la prueba". Contesté que al ver a un amputado se me contraía.

Una vez nos llevaron a la base donde estaba tu padre. En las inmediaciones había un monumento con un ancla colocada sobre un terraplén que caía a pico, de un costado, unos cinco o seis metros. Anduvimos por el borde en puntas de pie, hasta que resolviste que debíamos arrojarnos. Nunca antes me había tirado desde esa altura. Explicaste que había que relajarse, dejar que se doblaran las piernas hasta tocar el suelo con la cola lo más leve posible. Al saltar me dio la impresión de que estaba dotado de otras cualidades que las que me conocía hasta entonces. Había soñado que volaba, pero caer era diferente. Expelí el aire al tocar tierra, me revolqué con los tendones doloridos. Randy se quebró un brazo al darse contra una piedra, pero cuando tu madre pre-

guntó cómo había sido, ni él ni yo te acusamos de habernos hecho saltar.

Jugábamos carreras en bicicleta. Huyendo de ti que me tirabas con una honda giré cerrado sobre un cantero de tierra suelta, el vehículo patinó, caí sobre la palanca del freno que, como si fuera un cuerno, se me ensartó en el muslo. Quedó una marca que reconozco ahora.

Tu hermano, tú y yo conducíamos juntos un auto que tenía tres volantes. Esa máquina me conmovía y tu magnanimidad, que no exigía el monopolio de la dirección. Nunca entendí muy bien cómo hacíamos para doblar de concierto ni en qué medida las ruedas obedecían a cada uno de los tres comandos. Un día que maniobrábamos rápidas curvas tu padre pasó con unos papeles hacia el escritorio. Sonrió embobado a la retícula de piernas y de pies y para calmar sus dudas y demostrarnos que confiaba en la inocencia del juego, observó: "Cuanto más grandes, más amigos". Hubo un silencio, tú resentiste al intruso, me di cuenta de que ibas a responder algo que indirectamente me perjudicaría y en efecto dijiste: «Cuanto más grandes, menos amigos». El incidente colgó un cuchillo sobre mi nuca: la mirada y los juicios de aquel adulto. Sabía que intentabas cerrarle la entrada a nuestra intimidad, pero también me acordé de que pronto dejaría el vecindario donde había pasado una temporada para volver a mi país, mis padres ya hablaban del retorno, era probable que te perdiese, no como cuando visitabas a tus parientes, por una semana, o hasta dos, sino para siempre. Entonces resolví que te vería también cuando mayor, a pesar de ti y de lo que habías dicho, a pesar del avión que me llevó.